

CENTENARIO

EINSTEIN: SOBRE TODO TENIA FE

GERARD BONNOT

El padre de la ciencia moderna había encontrado su dios: la coherencia del Universo. Pero la ecuación perfecta todavía no existe.

NACIO en Alemania, en Ulm, el 14 de marzo de 1879, en el seno de una familia de modestos burgueses judíos. Y ya en vida se convirtió en leyenda...

Para la gente de su generación, Albert Einstein era un héroe del pensamiento. El sabio más grande de todos los tiempos. Sus fulgurantes intuiciones desafiaban al sentido común; Einstein derribaba el hermoso edificio de la física que habían contribuido a levantar Galileo, Newton y sus sucesores.

Para los testigos de la segunda guerra mundial, Einstein sería el padre de la bomba atómica. En teoría, porque había formulado en 1905 la ecuación que hacía posible su construcción, al afirmar la equivalencia de la materia y la energía: $E = mc^2$. Y en la práctica, porque fue su intervención lo que decidió a Roosevelt a construirla finalmente. "Es cierto, yo apreté el botón", solía confesar a sus visitantes.

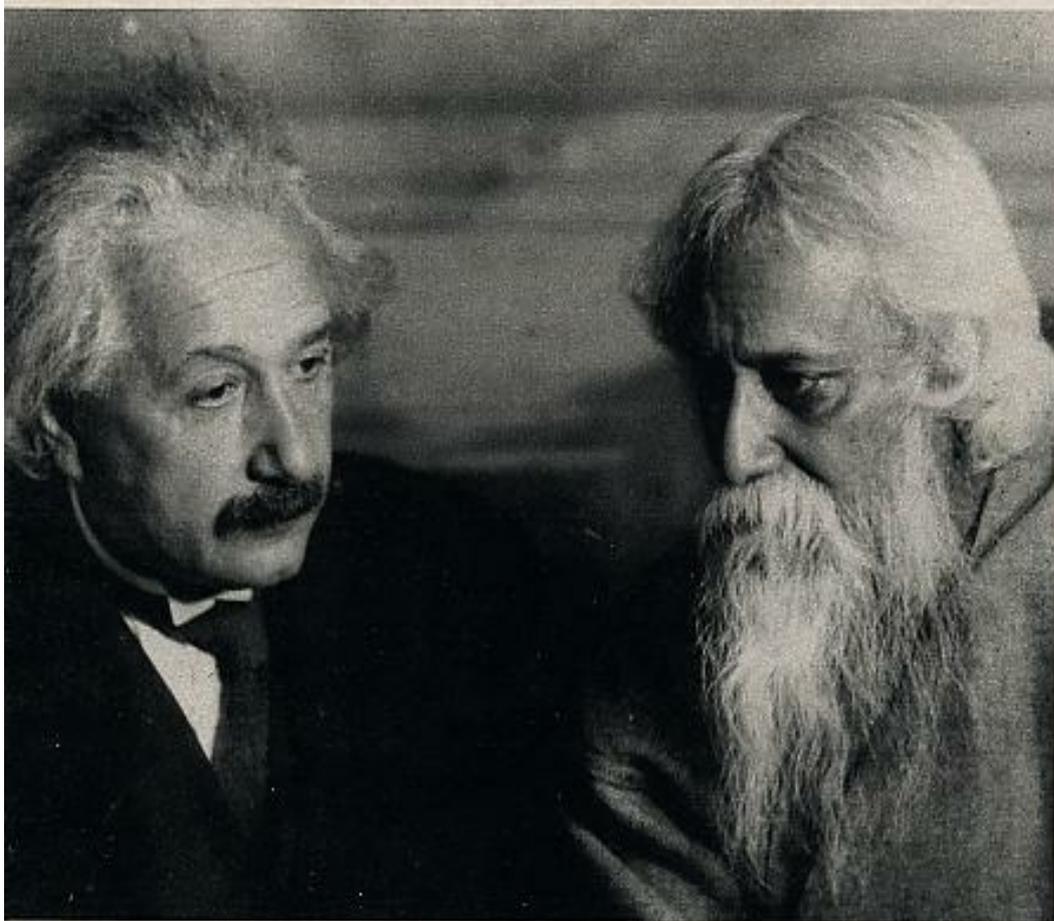
Llegaron después los "hippies", la generación de las flores, que soñaba con cambiar la vida y que vio en él a un modelo, a un precursor. Porque este grande entre los grandes del mundo, que se había sentado en la Sociedad de Naciones, se había codeado con soberanos y hombres de Estado, se obstinaba en llevar el pelo largo y en ir sin

calcetines, con los pies hundidos en zapatos informes. Porque declaraba, muy seriamente, que si pudiese vivir otra vez su vida elegiría el oficio de fontanero.

El hombre que arranca a la Naturaleza sus últimos secretos; el hombre que lleva a la Humanidad a las puertas mismas del Apocalipsis; el hombre que denuncia la vanidad de las empresas humanas. Tres imágenes distintas, todas ellas verdícas, y que dan testimonio, mejor que cualquier biografía, en este centenario, de lo que fue Einstein. De lo que le debemos.

La ciencia no rinde culto a los muertos. Hoy, la teoría de la relatividad especial se ha convertido en un instrumento casi trivial, que los especialistas en altas energías utilizan diariamente. Y les parece tan cómodo, tan natural, que les cuesta trabajo entender el escándalo que provocó en su tiempo las descabelladas especulaciones y las furiosas disputas de que fue objeto. En cuanto a la teoría general de la relatividad que Einstein consideraba su obra más importante, sigue siendo una hipótesis, aún no contradicha, pero que no parece, sin embargo, demasiado fecunda. Actualmente se la intenta sustituir con otra teoría, llamada de la simetría general, que presenta al parecer la ventaja





Sobre estas líneas, Albert Einstein con el poeta indio Rabindranath Tagore en Nueva York, en 1930. Abajo, a la izquierda, en su estudio berlinés, a mediados de la década de los veinte.

de abrir camino a nuevas experiencias. La física, momentáneamente trastornada, continúa su camino. Como después de Galileo, después de Newton... Pero Einstein no sólo hizo progresar la ciencia, sino que nos enseñó también a desconfiar de ella. El demostró que podía contradecir la imagen del mundo que nos proponían nuestros sentidos, que su lógica escapa incluso a nuestra comprensión. El cambio es radical. Y nos obliga a plantearnos el interrogante último: ¿Dónde está la verdad? ¿En el testimonio de nuestros sentidos, de nuestra conciencia, o bien en esa construcción abstracta —incomprensible en última instancia— y que sólo se justifica por el poder que nos concede sobre la Naturaleza? La ciencia continúa, pero, ¿dónde nos lleva?

Para Einstein la respuesta no ofrecía duda. El siempre

consideró la ciencia como la única verdad, la llave que nos abre la puerta del misterio del mundo, de esa realidad suprema que nos escapa y que al mismo tiempo nos justifica. El estaba convencido de que basta con perseverar y que un día u otro todo acaba volviéndose claro y coherente. Tenía fe. "Me niego a admitir que Dios juegue a los dados", escribió en cierta ocasión.

Tal vez se hiciese ilusiones. Se sabe que buscó toda su vida la ecuación perfecta, la síntesis definitiva, y que murió sin haberla encontrado. Comprendió, en todo caso, que ciencia y conocimiento no pueden separarse impunemente. Nos advirtió que corríamos hacia la ruina si seguíamos haciendo de la ciencia una religión, si aceptábamos reducirla a una simple colección de maravillosos descubrimientos, de juegos de mano y de hipótesis cómodas,

si nos resignamos a construir una ciencia definitivamente sin conciencia.

Albert Einstein detestó siempre la guerra. Adolescente, volvió la espalda a Alemania, y se privó a sí mismo de comida durante años para poder comprar la ciudadanía suiza. Luego, por su condición de judío, se vería obligado a refugiarse en los Estados Unidos. Volcó lo mejor de sí mismo en sus trabajos y resultó que sus investigaciones dieron pie a la más fantástica amenaza que ha pesado nunca sobre el futuro de la Humanidad. Aceptó e incluso contribuyó a ello.

Después de la guerra, cuando trató de arrebatarles a los políticos el arma que él mismo imprudentemente les había confiado, aquéllos le invitaron a dedicarse a sus estudios. El senador McCarthy llegó a acusarle de traicionar a Norteamérica.

Tampoco fue muy feliz en materia de amor. La mujer elegida, Mileva Maritsch, una matemática exaltada de ideas muy avanzadas, se hundió en la locura. Tuvo que abandonarla. Y tuvo luego que internar a uno de los hijos que ella le había dado. Nunca hablaba de aquello.

Su amabilidad era proverbial. Le encantaba tocar el violín. Lo hacía bastante mal, por cierto. Y hacer vela. En Princeton, donde acabó sus días, solía pedir prestados los barcos a sus colegas porque nunca se molestó en comprar uno.

Por aquel entonces parecía como si nadie pudiese ya perturbar su serenidad. Ni el recuerdo de las ilusiones perdidas, ni la amargura de las batallas públicas, ni siquiera el temor de no encontrar jamás la imposible respuesta al enigma del Universo. Mirad sus últimas fotos. En el rostro macizo, esos inmensos ojos negros, insondables, en los que brilla como un relámpago de tierna malicia, rezuman de bondad, de alegría interior.

Los "hippies" tenían razón. Este hombre pertenece a la raza de los vencedores. Podía imaginarse lo mismo fontanero que físico de genio; había escapado definitivamente a las vicisitudes y a los tormentos de la humana condición. Ya no buscaba, había encontrado. Había acabado por comprender que esa verdad, tras la que había corrido toda su vida con pasión, con intrepidez, está en el fondo de nosotros mismos. Que uno no la posee jamás, sino que esa misma verdad le penetra a uno. Y que basta, humildemente, contemplarla para que, poco a poco, misteriosamente, esa verdad no confiera algo de su indestructibilidad. ■ "Le Nouvel Observateur".